



www.loqueleo.com

© 2013, Irina Gamayúnova

© De esta edición:

2017, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-817-4

Derechos de autor: 044511

Depósito legal: 005166

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Agosto 2013

Primera edición en Loquele Ecuador: Julio 2017

Cuarta reimpresión en Santillana Ecuador: Julio 2017

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Paula Terán Ospina

Actividades: Marlon López

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: María Isabel Castellanos

Supervisión editorial: Alejo Romano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El último canto de la selva

Irina Gamayúnova



loquele_o



Para los niños que creen en la magia



Antonio	11
Sofía	16
Pamela	18
Pancho	20
Camila	21
Antonio	22
El camino de Pancho	50
El camino de Antonio	54
El camino de Camila	68
El camino de Pamela	73
El camino de Pancho	80
El camino de Antonio	87
El camino de Camila	98
El camino de Pamela	108
El camino de Pancho	123
El camino de Antonio	130
El camino de Camila	144
El camino de Pamela	153
Pancho	159

Antonio	164
Camila	168
Pamela	172
Pancho	178
Antonio	182
Camila	192
Antonio	196
Pancho	203
Camila	206
Pamela	211
Biografía	213
Cuaderno de actividades	215



Hola, soy Antonio Maldonado. Estoy súper desilusionado, es que jamás me imaginé que podía traicionarme mi mejor amigo. Era más que un amigo. Éramos como hermanos, pues ya nos conocíamos desde antes de nuestro nacimiento; estrechamos nuestros primeros lazos en las barrigas de nuestras madres, que asistían juntas a los cursos preparto. Mientras ellas estaban sentadas barriga con barriga y aprendían ejercicios de respiración, nosotros también establecíamos un contacto, una comunicación, compartiendo las sensaciones de nadar en la cálida piscina de la barriga, absorber comida por el cordón que salía de nuestro ombligo y dar vueltas ingravidas como los astronautas en el espacio. Panchito exageró un poco con sus trampolines y casi se ahorcó con su cordón umbilical. Por eso, Panchito nació primero; a su madre tuvieron que practicarle, de urgencia, una cesárea.

—¡Eres más viejo que yo! —lo molestaba.

—¿Querrás decir más sabio? —se defendía él.

Siempre nos habíamos llevado súper bien con Pancho. Teníamos el mismo don para la magia. A veces vemos cosas que otros no ven. Para nosotros, la magia no son cuentos de hadas, sino una ciencia oculta, que no todos poseen.

12 Cada sábado nos reuníamos en mi casa. Yo vivo en el centro de la ciudad, en una de esas casas antiguas que tienen por lo menos doscientos años. Es una casa vieja con paredes tan anchas que no puedes escuchar lo que pasa en la otra habitación; una casa de techos muy altos con lámparas de bronce llenas de telas de araña, con puertas de madera que chillan cuando las abres como si fueran viejas quejándose, con una pileta de piedra en el patio interior que solo de vez en cuando escupe agua y sirve más como un nido para las palomas, con escaleras en forma de caracol y con un altillo lleno de cosas antiguas. Una casa donde los fantasmas son parte de tu familia; por eso, a nadie le asombra que a la hora del desayuno el pan desaparezca de repente, nadie presta atención cuando chillan misteriosamente los peldaños de las escaleras, y para todos es normal que a medianoche se caiga una taza o se parta algún espejo aunque nadie se haya movido de su cama.

—¡No sé cómo puedes dormir con las luces apagadas! —me dijo una vez Panchito cuando se quedó a dormir en mi casa.

—Prefiero dormir con las luces apagadas que ver la cara media transparente y deformada de un fantasma.

—¿De verdad hay fantasmas en tu casa? —preguntó él, acercándose a mí.

—¿Y qué crees? ¿Que una casa en donde mataron a un joven, donde se suicidó una monja, donde envenenaron a una condesa y donde decapitaron a un patriota está libre de fantasmas vengativos? De hecho, uno está justo acostado a tu lado derecho. ¡No te muevas!

Pancho se quedó pálido e inmóvil. Una fantasma gris estaba sentada en su almohada, inclinando su peluda cabeza y oliendo sus cabellos. Yo sentía que un poquito más y a Pancho le podía dar un paro cardíaco, así que decidí ayudarlo.

—Relájate, Panchito, esta fantasma no es tan agresiva como los otros. Ella solo quiere chupar un poco de tu fuerza vital y nada más. Te vas a sentir débil un par de días, tal vez te dé fiebre y vómito, pero nada más.

La fantasma se acercó aún más hacia el cuello de Pancho y lo lamió con su lengua fría y áspera. Pancho, a pesar de todas mis indicaciones de quedarse quieto, dio un brinco y corrió disparado hacia la

puerta, que no se quería abrir, por más que la empujaba, pateaba y golpeaba.

—¡Por Dios, que alguien me ayude, auxilio! —gritaba él, mientras unas lágrimas brotaban de sus ojos.

En ese momento ya no pude resistir más, me caí al piso, subí las piernas y, abrazando mi barriga, casi me muero de la risa.

14

—¿Qué te pasa? —gritó él, enfurecido.

—Mira a tu fantasma —le dije, mostrándole a nuestro Frankenstein, un viejo, gordo y peludo gato.

—Estúpido —dijo Panchito, regresando a su color natural—. Casi me matas del susto.

—Nunca había gozado tanto, fue tan divertido verte todo pálido mientras el gato lamía tu cuello...

No pude continuar hablando y me caí de nuevo al piso convulsionando por las carcajadas.

—¿Vas a seguir riéndote o nos preparamos para nuestro ritual del «corpus secreto» de mañana? —me interrumpió Pancho, un poco avergonzado por haber quedado como un pendejo.

Nuestro «corpus secreto» era una orden de magia que se dedicaba a descubrir los poderes ocultos de las cosas. Éramos cinco amigos: Pamela, Camila, Sofía, Pancho y yo. Cinco, como los dedos de la mano, como puntas de una estrella. A cada uno de nosotros le había pasado algo extraordinario en la vida.



Sofía

16 La abuela de Sofía era una verdadera bruja. Sabía muchos juramentos y cantos curativos, pero su nieta era la única en su familia que creía en sus poderes.

—Usando la sabiduría de la Madre Tierra uno puede curar cualquier mal —le decía ella con su boca desdentada a la gente que desde distintos rincones del país llegaba a su casa en Ibarra.

Recuerdo que un día Sofía llegó al colegio con los ojos hinchados.

—¿Qué te pasó, Sofí? —le pregunté preocupado, porque Sofía no lloraba fácilmente.

—Nada, Antonio, los doctores descubrieron que esta bola que tengo sobre el hombro izquierdo es cancerígena y hay que operarla. Y me da mucho miedo.

La abuela de Sofía raptó a su nieta por dos semanas y la llevó a su casa de adobe. Todos los días entonaba sus cantos y aplicaba sobre el hombro de Sofía unas hierbas que antes masticaba con los pocos dientes que le quedaban.

—¿Saben? Mientras mi abuela hacía sus curaciones con danzas, cantos y golpes de ramas, siempre encendía una vela y me ordenaba mirar a la llama para sentir cómo iba desapareciendo la bola. Me decía que, si yo no creía en mi curación, ella no sería capaz de hacer el milagro. Todo dependía de la intensidad de mi propio deseo —nos contaba Sofía.

Después de esas dos semanas, los doctores del hospital no lo podían creer: la bola que antes estaba en el hombro izquierdo de Sofía había desaparecido sin dejar rastro alguno. Desde entonces, Sofí se empeñó en volverse aprendiz de su abuela hechicera. Tenía un cuaderno lleno de plegarias, hojas y hierbas secas pegadas con anotaciones de sus poderes curativos.

17

Pamela

18 La experiencia de Pamela era sorprendente para todos nosotros. Un día nos fuimos con todo el grado a la Mitad del Mundo y entramos a una choza, la típica casa de nuestros antepasados: hecha de barro y con techo de paja. Dentro de ella nos sentíamos frescos, oliendo las hierbas colgadas del techo y tropezando con los cuyes. Cuando el guía nos preguntó si sabíamos algo sobre las costumbres de nuestros ancestros, para la sorpresa de todos, Pamela levantó la mano y explicó que las hierbas que estaban sobre su cabeza se usaban para exterminar las pulgas, que la que estaba colgada en el centro servía para hacer una bebida ritual y pronunció su nombre en quichua, y contó que ese tipo de casas son muy resistentes a los terremotos porque están hechas de tierra y estiércol de animales que se pegan sobre redes de madera que se llaman bareques. También nos contó que nuestros antepasados creían que todas las cosas tienen su alma propia, y que las vasijas de barro re-

presentan a animales mágicos que se aparecían a la gente de entonces y eran protectores de sus hogares.

—Todo lo que dijiste es cierto —afirmó el guía.

Parecía que a nuestra amiga le había agarrado una marea de sabiduría, y que podía seguir contando otras historias más, pero nuestro tiempo de excursión estaba por terminar.

Cuando salimos, Pamela nos confesó que le había pasado algo raro: apenas entró a la choza tuvo la sensación de haber estado allí antes; todo le parecía familiar, y ni ella se explicaba de dónde habían salido sus conocimientos sobre las hierbas colgadas y sus nombres raros. Pamela era una niña que no leía mucho, así que no podía estar mintiendo.

19

Pancho

20 Pancho, en cambio, desde niño fue atrapado por los conocimientos ocultos. Lo atraían como imanes los libros antiguos de alta magia. A sus doce años ya había leído *El libro escondido del mago Merlín* y *La tabla esmeralda*, que es un libro secreto de conocimientos egipcios. Sabía interpretar las runas, piedras sagradas de los celtas a través de las cuales puedes ver tu futuro. Hasta podía hacerte un horóscopo personal basado en los conocimientos astrológicos de los mayas, unos indígenas que vivieron hace tiempo en México y Guatemala y que construían pirámides como los egipcios y conocían mucho de astronomía. Esta cultura desapareció de repente sin dejar ningún rastro, solo quedaron las ruinas de sus ciudades; nadie sabe con certeza qué ocurrió, pero hay distintas hipótesis que tratan de explicarlo.

Camila



Camila era una niña especial que hipnotizaba con su encanto, no solo porque era guapa, delgada y con unas pestañas muy largas, sino por el espíritu liviano que tenía. Ella decía que nosotros llegamos a esta vida para divertirnos y para nada más y que el sufrimiento y el dolor nos distraen de nuestro propósito. En compañía de ella uno siempre estaba muy feliz. Ella creía mucho en la fuerza de la Madre Naturaleza. Una vez elevó una pluma que estaba sobre la mesa solo con la energía de sus manos.

21